

Reseña

Pensadores Temerarios- *Los intelectuales en la política* (Editorial Debate, Barcelona 2004, traducción de Nora Catelli, título original: *The Reckless Mind. Intellectuals in Politics* The New York Review of Books, 2001).

El título escogido por los editores, en inglés y en castellano, no le hace justicia del todo a los autores escogidos para esta serie de perfiles intelectuales (Martín Heidegger, Hannah Arendt, Karl Jaspers, Carl Schmitt, Walter Benjamin, Alexandre Kojève, Michel Foucault, Jacques Derrida) pues incluye tanto a aquellos que, como Heidegger, llegaron a comprometerse de lleno con un poder totalitario, y a aquellos que como Jaspers, o Hannah Arendt, estuvieron del lado de los resistentes. Prueba de que si hubo un criterio en la selección de los casos analizados, tal criterio no es explícito, y éste profesor de Pensamiento Social de la Universidad de Chicago, fue concibiendo y escribiendo las semblanzas, una a una, para publicaciones como The New York Review of Books y The Times Literary Supplement, ambas muy apreciadas por la calidad de la crítica literaria, y el tratamiento de los temas de política general, y de política cultural. El origen incidental de la primera de ellas: una huelga en el New York Times que llevó a varios intelectuales newyorkinos como Gore Vidal y Susann Sontag a asociarse para crear un medio provisional, que se convirtió en permanente, demostró la receptividad y la demanda que existía a favor de una publicación especializada en la crítica, la calidad de su contenido es hoy proverbial.

El título de éste libro, pues, habrá que cargarlo a la cuenta de los editores del libro, y aclararle al lector, que como título es equívoco, y que personalidades como las de Arendt, Jaspers, o, incluso Benjamin, intervienen más como testigos, o víctimas. El asunto que subyace es clásico y arduo a cual más: las alternativas en la relación entre saber y poder, entre científicos e intelectuales, y políticos, y en el epílogo, “*La tentación de Siracusa*”, ese sí expresamente escrito para el libro, Lilla se vale de la antigua leyenda, del pasaje de la vida de Platón, para ilustrarlo. La imagen es clásica, pero según una leyenda más contemporánea, la revivió un anónimo colega de Heidegger, cuando al reincorporarse a la docencia, de vuelta de su rectorado, le habría increpado, irónico: “*¿De vuelta de Siracusa?*”, lo cual era suficiente para los buenos entendedores allí reunidos.

Por lo demás el autor da en extrapolaciones a partir de estos casos célebres y en más de un pasaje hace afirmaciones acerca de la intelectualidad europea en

su conjunto¹, desconociendo por ende a los resistentes, también a los marginales y de paso a los que pagaron el precio de un cierto ostracismo con tal de eludir cualquier relación, así sea subalterna, con un poder que cuestionaban. No escoge a Sartre modelo de intelectual *engagé*, pero hace suficientes referencias a su caso, subrayando sus equivocaciones, sus sesgos; y sin embargo con tal de dar más fuerza a su argumentación ignora la crítica que ya en su momento hicieran Albert Camus y otros de su generación a las posiciones políticas y al tipo de compromiso que postulaba Sartre, por ejemplo. Y en más de un pasaje, Lilla, muy dotado para abordar el pensamiento de ambas orillas del Rhin, pues es trilingüe perfecto, deja entrever, que extrae su fuerza polémica de las viejas querellas y de los mutuos celos que un sector de la intelectualidad norteamericana, sostiene con la europea, desde mucho antes del artículo y del libro de Sokal. Un artículo paródico y un libro crítico, que, ambos, dejaron en evidencia la impostación del lenguaje, el abuso de las metáforas, el metalenguaje, y el “argot fingido” en toda una tendencia reciente de las ciencias sociales.

Con todo, la sensación que queda al leer el breve apartado de conclusiones “*La seducción de Siracusa*”, es la de que hay en el planteamiento contraevidencias e incongruencias. Si al remontarse hasta Sócrates el antídoto recomendado contra las seducciones del poder es la humildad y el autoconocimiento (diríamos el autoexamen, esto es, someterse a la tensión de una autocrítica permanente) lo cual a su vez redundaría en una cierta circunspección frente al poder (con todo, las únicas alusiones a la weberiana libertad frente a los valores, y a las célebres conferencias sobre ciencia y política como vocación, las hace Enrique Krauze, el prologuista de la edición en español) resulta incongruente que a la vez reproche a aquellos que adoptan una postura semejante el que no adquieran la misma notoriedad o capacidad de actuar en la esfera pública, de quienes han sido cooptados o aceptan vínculos con cualquiera de los poderes establecidos. Desconoce entonces Lilla que las más de las veces eso de cultivar la mayor independencia suele significar un reconocimiento tardío, una muy paulatina visibilidad: visibilidad que solo se adquiere en la medida en que el intelectual encuentra su público (“construye su lector” diría Umberto Eco). La extrema individualización que resulta de considerar los casos más emblemáticos, en algo recuerda a Carlyle en su libro sobre los héroes cuando toma como ejemplo de héroe intelectual a Rousseau, sólo que Carlyle subraya la independencia como un valor central para el ginebrino y a quien considera un héroe por eso justamente, y quien logró un grado de emancipación gracias en parte a la acogida que tuvieron sus libros en

¹ Acoge el juicio de Aron hacia Sartre y sus seguidores (en *El Opio de los intelectuales*) pero lo extiende a todos los intelectuales franceses : “*la incapacidad de los intelectuales franceses para entender los desafíos de la política europea durante el siglo XX* ” nada menos. (p. 173, epílogo). Y otros pasajes semejantes, en los que, por vía de enunciado entonces, la totalidad de intelectuales europeos queda comprendida en la categoría de “filotiranos”, salvo Isaiah Berlín, su autor dilecto

el público de entonces y en parte a su capacidad de obtener ingresos como copista de música. Y es sensible por ello que Lilla no se refiera a aquellos casos contemporáneos de quienes adquirieron reconocimiento en los círculos académicos norteamericanos, llegando a ser celebridades incluso, como Bourdieu, sin haber hecho concesión alguna al poder, representativos de la otra tendencia: la de quienes adquieren celebridad al encontrar a su público, lo cual llevaría a matizar muchos de los juicios generalizantes que Lilla emite, cuando aborda por ejemplo a Foucault, y a la fascinación que ha ejercido en el público académico anglosajón en el período más reciente. (Los ensayos de Lilla aparecieron como libro en 2001, los libros más conocidos de Bourdieu se conocían ya en inglés y habían adquirido gran difusión en esos mismos circuitos- la edición de Pascalian Meditations hecha por la Universidad de Stanford es del año 2000 y por cierto el breve apartado “*Digression on scholastic blindness*” de ése libro se ocupa del asunto) consecuencia, tal vez de que todo lo que sea europeo y reciente parece englobarlo Lilla en la categoría de postmoderno. Para él, a todas luces, una categoría residual. En cada uno de las semblanzas Lilla saca pleno provecho de aquello de encontrar en los datos biográficos, claves de interpretación de la obra, y la conocida relación erótico-sentimental de Hannah Arendt y Heidegger, las cartas intercambiadas a lo largo de los años en que se conocieron, publicadas y traducidas a varios idiomas, sí que son materia prima para un enfoque “deconstructor”.

Poco después de que se divulgara la obra de Freud, y de que se convirtiese en un acervo común de las ciencias sociales, se hizo corriente aquello de emplear los materiales más íntimos de un autor, como una de las claves para la interpretación de su obra. Hoy es ya un hábito corriente, puesto con amplitud al servicio de los propósitos de desmitificar a cualquier autor: al cabo Lilla emplea el recurso con mesura, pone en su lugar a un libro tan malo y unilateral como el de Elzbieta Ettinger (Hannah Arendt y Martin Heidegger : hay versión española: Tusquets 1996) que desaprovechó tan suculento plato como es la correspondencia privada de esas dos figuras. Además de esa cantera, en Lilla vamos hallando las claves para los toros autores, entrelazadas en el análisis: la oculta vocación teológica de Benjamin, el aristocratismo de Kojève, el hecho de que llevado de sus propias ideas sobre la enfermedad como metáfora, casi hasta el final Foucault se empeñase en negar la existencia del Sida como enfermedad, el catolicismo de Schmitt, y sus temores a ser considerado provinciano, la convicción acerca de su genialidad en Derrida.

Respecto de Hannah Arendt, se percibe una cierta ambigüedad en Lilla: si menudean las referencias al Origen del totalitarismo , una obra fundamental, no parece acoger el meollo del razonamiento de aquella investigación: sabido es que rastreando dichos orígenes Arendt se remonta al período de la construcción del Imperio Británico y al principal de sus ideólogos, Disraelí quien abiertamente veía en el expansionismo inglés...una prueba de la

superioridad de la raza judía, y el diseño del Imperio al que se entrega contempla una alianza con las distintas ramas de la familia Rotschild en el continente². El *affaire Dreyfuss* viene después, y uno de sus componentes es ese sentido de privación de status de las capas medias francesas respecto de la hegemonía que estaba consiguiendo Inglaterra como poder mundial. Si aceptamos la convincente y detallada investigación histórica de la Arendt, para eso de entender el totalitarismo y el antisemitismo, referirse al caso inglés habría sido ineludible, es del todo pertinente, no podría pasarse por alto con tal de concentrarse de modo exclusivo en ambas orillas del Rhin, como lo hace Lilla.

Es apenas un detalle, y no es esencial al meollo de la argumentación que existan algunas inexactitudes; en fechas (¿problema de la traducción?) pero también en atribuciones y definiciones. Se podría prescindir de ellas si no fuera porque una en particular toca a un autor bien conocido y estimado: en el listado de intelectuales y artistas que apoyaron a los nazis a primera hora incluye a Ernst Jünger (p.60) Sabido es en cambio que Jünger en cuanto a postura política estuvo con los nacional-bolcheviques de Ernst Niekisch (autor de Hitler: una fatalidad alemana libro execrado y prohibido durante el dominio nazi) y de Ernst Von Solomon lo cual le valió denuncias y acusaciones ante el propio Hitler y una crítica detallada en el órgano de los SS. Otra cosa es que a Hitler (y de seguro a algunos nazis) le gustara la primera de las novelas de Jünger, Tempestad de Acero al igual que le gustó a André Gide, a François Mitterrand, y a personas de muy diferentes posturas políticas y ese hecho puso a salvo a Jünger de algunas persecuciones. El asunto está suficientemente documentado y si no se le da credibilidad a lo que dice la Arendt al respecto (es juicioso desconfiar de ella al respecto, en eso de los juicios individuales, a raíz de lo que sostuvo siempre sobre Heidegger, así se tratara de una relación especial) y se quisiera un análisis detallado de las convergencias y de las divergencias que se presentaban en esa caldeada atmósfera de los últimos años de la República de Weimar, tal vez el mejor sea, precisamente, el ensayo de Pierre Bourdieu La ontología política de Martín Heidegger, hay traducción española: Paidós, Barcelona, 1991) una referencia que tratándose de Heidegger, Lilla, el profesor de Chicago, vuelve a omitir.

Con todas las objeciones que se puedan hacer, y las disonancias registradas, la temática escogida, el enfoque que aplica ofrece muchos dividendos, y resulta de sumo interés para los sociólogos, tal vez por ello un especialista en la historia de las ideas políticas como Enrique Krauze decidió prologarlo.

FCC

² Ver el capítulo III "*Los judíos y la sociedad*", del Tomo I de la trilogía de la Arendt: El origen del totalitarismo- El antisemitismo.

